

El mundo entero ha rendido honores fúnebres a Le Corbusier. Su obra, sus ideas, su personalidad gigante, han sido presentadas a la admiración de las gentes.

A nosotros nos corresponde, no repetir lo que ha sido dicho, sino aportar, en la hora de la muerte del gran arquitecto, el recuerdo particular de las relaciones que mantuvo con este país, concretamente con Barcelona.

Como a tantas otras ciudades, el primer eco del nombre de Le Corbusier, nos llegó a comienzos de la década 1920. Recuerdo muy bien la «aparición», en la vitrina destinada a libros nuevos, en la biblioteca del Ateneo Barcelonés, de su obra «*Vers une Architecture*», que acababa de publicarse en París.

A la luz, entonces muy rojiza, de las viejas lámparas de la Biblioteca del Ateneo, no creo que fuésemos muchos los arquitectos lectores de aquel libro. Y, de los pocos que lo leyeron, poquísimos lo aceptaron como profecía del todo convincente y con fuerza de obligar.

Esta reserva no fue en todos los casos de tipo reaccionario (los verdaderos reaccionarios volvieron la espalda a Le Corbusier y no leyeron su libro). Fue de tipo *noucentista* — es decir, «actual» — al menos entre los lectores jóvenes. Esto merece explicación.

Hay que considerar las circunstancias que, en materia de Arquitectura, acogían en Barcelona las ideas de Le Corbusier. No eran exactamente las mismas circunstancias que suponía su argumentación. Aquí, la «revolución» ya estaba hecha. El vacío arquitectónico dejado por la caída del *Modernisme* había sido ya llenado. Había sido llenado por la vocación neoclásicista del *Noucentisme*. El «espíritu nuevo» se había manifestado entre nosotros, desde hacía algunos años, en forma autóctona. Eugeni d'Ors había proclamado que, en el «novecientos» no había más camino válido y prometedor, en las ideas, en el Arte, en la Política, que el de la «normalidad». Todo lo que presentaba síntomas de «anormalidad» era sospechoso.

Desde luego, eran sospechosos — y repudiados — «La Pedrera», el «Palau», la totalidad del *Modernisme*, e, incluso, ciertas expresiones evolucionistas de la Arquitectura tradicional. Para ser «normal», el Arte había de tener determinado entronque neoclásico. Eugeni d'Ors proclamaba, como arquetipos *noucentistes*, las letras del título del «Boletín oficial» de la Provincia de Barcelona. *Et sic de coeteris*.

En estas condiciones ¿qué duda cabe que la ideología de Le Corbusier pudo aparecer, a los ojos del *noucentista* convencido, como una nueva recaída en la subversión y en la excentricidad? El «maquinismo» (esta palabra se empleaba entonces más que «funcionalismo») no era «normal» — ni la «máquina de habitar», ni la casa en forma de puente de barco, ni la metodología de la industria del automóvil, aplicada a la Arquitectura, ni el «hombre standard» del *Esprit nouveau*. Todo ello, no siendo «normal», era cosa *non sancta*.

Sin embargo, la situación empezó a evolucionar a lo largo de los seis o siete años siguientes. El *Renaixementet* en que había desembocado el *Noucentisme* no podía constituir un dique duradero contra la alta presión que ejercía, en el mundo moderno, la Arquitectura contemporánea de tipo racionalista y funcional. Entretanto, las ideas de Le Corbusier, fermentaban en el espíritu de algunos de aquellos primeros jóvenes lectores que habían absorbido sus obras con avidez. El ambiente se hizo más y más favorable y los más entusiastas pasaron por fin a la acción. En 1928, un reducido grupo de jóvenes arquitectos tuvo la fuerza suficiente para traer a Barcelona, no ya los libros de Le Corbusier, sino al propio maestro en persona.

Buena parte de la intelectualidad barcelonesa le acogió con interés. Nótese que, aunque conocido, Le Corbusier distaba de ser el hombre famoso, casi mítico, que más tarde ha sido. (Diez años después, la edición de 1938 del *Petit Larousse*, todavía no cita su nombre.) No se le abrían automáticamente todas las puertas, ni mucho menos.

Otra cosa: los principios de la «Arquitectura Contemporánea», en que militaba, empezaban a estar en crisis en Europa. Los

Soviets la habían rehusado y ello había constituido un considerable tropiezo. La Arquitectura orgánica se agitaba por su parte. El funcionalismo sufría los primeros embates en aquellas fechas próximas al fatídico decenio 30. A pesar de estas circunstancias delicadas, nuestros «corbusierianos» no vacilaron. Mantuvieron la fe, y así su mérito y su éxito fueron mayores.

Según él mismo escribe, Le Corbusier llega a Barcelona llamado por José Luis Sert. Al bajar del tren es acogido por un equipo devoto — devoto de un primer corbusierismo del que tal vez el mismo profeta empezaba a desprenderse.

El maestro pronuncia una conferencia trepidante en nuestra ciudad. En el ambiente sin estridencias de aquella época (dictadura de Primo de Rivera) sus fórmulas provocan cierta conmoción intelectual. También cierta perplejidad: porque elogia a Gaudí (precisemos, admira y dibuja las Escuelas de la Sagrada Familia). Entonces, se preguntan algunos espíritus críticos ¿qué nos propone este profeta?, ¿el retorno a la «anormalidad», o la marcha hacia un auténtico orden funcional?

Le Corbusier tomó el tren para París y pudo parecer que aquí no había pasado nada. En 1929, la Exposición Internacional de Barcelona tuvo poco de Le Corbusierana. Aparte el pabellón alemán que realizó Mies van der Rohe, el edificio indígena más moderno del recinto de Montjuic fue el del «Fomento de las Artes Decorativas», promovido por Santiago Marco y realizado excelentemente por el Arquitecto Santiago Mestres, según las ideas de la recién celebrada *Exposition des Arts Décoratifs de Paris* (1925). Mis hoteles de la Plaza de España, mejor pertenecen a la perspectiva futura del «brutalismo». En la Exposición de 1929, Le Corbusier era un ausente.

Sin embargo, la semilla que había dejado en Barcelona, estaba bien presente. No había perecido, ni había quedado mal sembrada. Germinó al cabo y produjo notable vegetación. Nuestros devotos de la Arquitectura contemporánea se organizaron en el GATCPAC (Grupo de Arquitectos Catalanes para la Arquitectura Contemporánea) y publicaron A.C. (iniciales de la misma). Y, en 1932, obtienen los primeros frutos de su apasionada labor.

No debemos ni queremos exagerar. Aquellos frutos fueron, en ejecución, modestos. Pero el esfuerzo del pequeño grupo de jóvenes, que, en 1928, habían acogido a Le Corbusier en la estación de Barcelona y que nos lo trae de nuevo, fue generoso y modélico. Gracias a él, nuestro país, nuestra ciudad, quedaron incorporados al recuerdo de la obra universal del gran renovador y formaron parte importante de los libros posteriormente publicados por Le Corbusier.

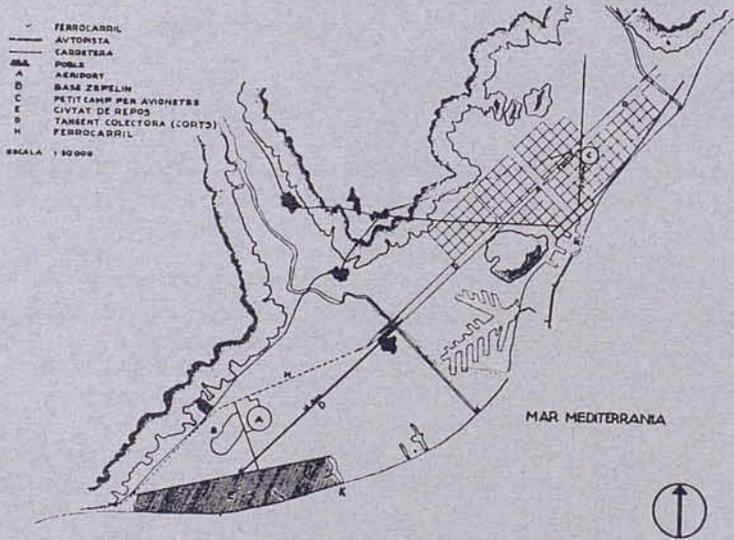
Fue en la primavera del 1932, cuando José Luis Sert, y con él todo el GATCPAC, volvieron a invitar al gran arquitecto a venirse a Barcelona. Esta vez, ya no se trataba de una simpática improvisación. El terreno estaba preparado, el viaje tomó aspecto oficial. En la obra de Le Corbusier, «*La ville radieuse*» (1933), se cuenta la entrevista del arquitecto franco-suizo (pág. 304), recién llegado a nuestra ciudad, con el entonces Presidente de la Generalidad de Cataluña, Sr. Macià. Los miembros del GATCPAC rodean a los ilustres interlocutores. Le Corbusier toma la palabra y propone estudiar con ellos un vasto plan urbanístico de Barcelona y de su comarca. Aquí se intercala una nota curiosa: no se solicita subvención alguna en beneficio de tan importante trabajo — *desintéressés de toutes questions d'argent...*», escribe Le Corbusier. Y a continuación otra nota igualmente notable: «... *Le Président Macià acquiesça*; es decir, «consintió».

En aquella ocasión, Le Corbusier habló con fuerza en el salón de nuestro *Consell de Cent*. Entretanto, trabajó en el Plan como había prometido: «*Nous avons établi un plan régulateur de Barcelone... en pleine collaboration avec le groupe GATEPAC*» (Ob. Cit. pág. 305). En efecto, incluye en dicho libro el croquis del plan en cuestión con el epígrafe: «*Esquisse générale faite à Barcelone en collaboration avec les membres du GATEPAC, 1932*».

En el volumen «*Le Corbusier et Pierre Jeanneret - Oeuvre complète de 1929-1937*», (pág. 90) se inserta dicho Plan con más extensión. En honor del Presidente, Le Corbusier lo había querido titular «Plan Macià».

La colaboración de Le Corbusier con el grupo barcelonés tuvo más profundidad de lo que sugiere aquel simple «*esquisse générale*». La revista A.C., órgano del GATEPAC como se sabe, al publicar (A.C. año IV, núm. 13) el proyecto o «*Plan régulateur*» — que por cierto no titula «*Macià*» — inserta, en su página 29, una referencia muy completa a un «*Estudio de viviendas mínimas para Barcelona*». Arquitectos: Le Corbusier y Pierre Jeanneret, y comenta: «*Poco tiempo después de iniciado el trabajo de urbanización de Barcelona, hablando con Le Corbusier, le expusimos la dificultad de aplicar a esta ciudad su (de Le Corbusier) sistema de grandes bloques de habitación*». Se daba como motivo para pedir al maestro semejante infidelidad a sus principios que las masas de inmigrantes, a las cuales las viviendas habían de ser destinadas, eran de procedencia rústica, difíciles de adaptar a una convivencia en bloques. Es decir, no eran las gentes *standard* de las hipótesis Le Corbusierianas. «*Estas consideraciones*» — prosigue el texto que citamos — «*movieron a Le Corbusier a estudiar un tipo de viviendas económicas*». A. C. hace notar que, con todo, la densidad de habitación en el conjunto de dichas viviendas no alcanzaría las bajas cifras propias de las ciudades-jardines, objeto de crítica por Le Corbusier.

En el campo internacional se tomó buena nota del Plan Regulador de Barcelona, fruto de la colaboración de Le Corbusier con el GATCPAC. Así, por ejemplo, ocurrió en el IV Congreso Internacional de CIRPAC sobre la Ciudad Funcional. Después de una reunión preparatoria en Barcelona (abril 1932), el Congreso se celebra a bordo del *PATRIS II*, en crucero por el Mediterráneo (29 julio - 13 agosto 1933), y el caso de Barcelona se estudia y se discute en posición preferente. Así en el grupo III, Ciudades-Puertos, el orden es el siguiente: Barcelona - Amsterdam - Rotterdam, Oslo, Estocolmo, Génova y Colonia.



Un ancho camino queda abierto. Pero llegan los malos tiempos. Estalla nuestra guerra y, después, la Segunda Mundial. Las semillas vuelven a quedar enterradas. Pero no muertas. Mucho de lo que contenían ha vuelto a fructificar después, cuando la tormenta ha pasado.

Por su parte, Le Corbusier no dejó de guardar un buen recuerdo de Barcelona. Poco antes de su muerte, fue visitado por nuestro compañero J. M. Martorell, el cual escuchó de los labios del maestro palabras — que publicó — llenas de afecto hacia nuestra ciudad. Tal vez Le Corbusier consideraba que su etapa barcelonesa había sido como un eslabón, importante a sus propios ojos, en el encadenamiento de su vida profesional. Porque es posible que, en la crisis de la Arquitectura Contemporánea, hacia 1930, el episodio barcelonés — sin olvidar la comprensión que le dio de Gaudí — sirviese de estímulo y de inspiración para su obra posterior.

Obra posterior de un nuevo Le Corbusier, llena de riqueza, de originalidad, de fuerza y de lirismo; obra apenas aprisionada por los antiguos moldes de la primera ideología; obra producida en la libertad de la mente. Es la obra que el mundo ha realmente admirado. A ella y a su autor rendimos ahora nuestro supremo homenaje de respeto.

Que el espíritu de exploración infatigable de Le Corbusier, sirva de modelo constante a nuestra Arquitectura en el futuro. El Maestro, descanse en paz; y que a nosotros nos deje la herencia de su inquietud.

